

“Yo ... he visto cosas, que vosotros no creeríais”

1^{er} Premio

DESDE MI TERRAZA

Autora: Marta Abadía

2^o Premio

EL PROFETA

Autora: Gema Bermejo Vega

3^{er} Premio

MIENTRAS ... ESPERO SENTADO

Autora: Laura Corral Cabezas

Desde mi terraza

Marta Abadía

Tiendo la ropa en la terraza del último piso. A veces subo en ascensor, a veces a pie. Me gusta porque siento que ejercito mi cuerpo y sobre todo porque, mientras me dedico a tender, miro los montes blancos de nieve en invierno, floridos y frescos de neveros en verano, y su aire me sopla por la cara y los brazos, invitándome a vivir.

Desde hace días, semanas, tal vez meses, vengo viendo a una mujer junto al semáforo. Podría tratarse de una vendedora ambulante pero no tiene aspecto de serlo y menos aún de pobre. Va bien vestida y abrigada, lleva una melena que la brisa agita levemente, volviéndola atractiva, y tiene manos de guitarrera o pianista entrando y saliendo de un gran bolso que le cruza el cuerpo en bandolera. Es esbelta, diría que guapa, según los cánones vigentes. Su cara es serena y más de una vez la he visto sonreír. Si llueve, se pone una capucha y, si arrecia, saca un paraguas azul enorme, estilo Mary Poppins, que invita a verla levantarse por encima de las casas y cables de la ciudad. A veces deseo que se ponga a llover de repente, a ver si logro pillarla volando. Suele estar ahí a ratos, más bien de mañana pero, en ocasiones, tengo la sensación de que solo aparece cuando yo puedo verla, es decir, mientras tiendo la ropa en mi terraza. Ese pensamiento me incomoda y, con frecuencia, he espiado desde abajo para ver si estaba. Nunca la he visto.

Ayer, sobre las once de la mañana, cuando la lavadora terminó de centrifugar, me asomé por la ventana de la cocina. La mujer no estaba. Pero llegué a la terraza y la vi, más hermosa que nunca, con su sonrisa dulce y su melena revoloteando como una bandada de pájaros felices alrededor de su cara. Estaba atendiendo a un joven regordete y bajito que le entregó algo que no supe discernir; ella metió sus manos en el bolso y, nítidamente, observé que entregaba al muchacho un billete de cincuenta euros. Bien, me dije. No vende. Compra. Pero ¿qué compra?

El chico se fue y, según iba caminando por la acera, me pareció que se hacía más alto y espigado. Era incongruente. Pensé que había juzgado mal su aspecto, que quizá me había confundido al contrastar su apariencia con la figura esbelta de la mujer. No podía estar segura. Entonces, volví la vista adonde había estado la mujer, junto al semáforo. No pude encontrarla.

Bajé a la cocina algo inquieta y compungida y me dije: Última, tienes que descubrir qué compra esa mujer. Por la tarde me reconvine muy seriamente. Si compra, que compre. No es asunto mío. ¿Acaso tengo yo algo que vender? No obstante, cuando subí a la terraza a tender la ropa dos días más tarde, la vi en el semáforo comprando algo que, esta vez sí, seguro, hacía crecer a los vendedores. No pude resistirme. Bajé a la calle.

Antes de cruzar, mientras esperaba el verde del semáforo, me miró, la miré y nos evaluamos. La suya fue una mirada honda que me atrajo ineludiblemente. En cuatro zancadas me planté ante su cara hermosa y sonriente, sintiéndome aprobada. Antes de que pudiera preguntarle nada, habló.

–Compro sueños. ¿Tiene alguno que quiera vender?

Se hizo un silencio repentino en mi interior y, a continuación, en tromba, se me arremolinaron pensamientos y deseos, y la vida entera giró ante mis ojos.

Desde que recuerdo, he querido dar alas a mis ilusiones. No obstante, a partir de mi juventud empecé a abandonarlas. En horas de siesta y calma, en vacaciones, en el raro silencio de mi hogar, muchas veces he pensado en las más queridas. De niña me decía que quería ser libre e independiente, y ese ansia se me exacerbó en la adolescencia, tal vez porque mis hermanos mayores era fanáticos del Ché y quería ser como ellos. Me parecía imposible ser amiga del alma del Ché sin ser libre, independiente, exploradora.

Creo que esa circunstancia me marcó a fuego.

Repasé la lista: quise ser independiente, dedicarme a pintar (y no al feo trabajo de oficina que desempeñé durante años), soñé con una variedad infinita de cosas para mi vida, desde estudiar astronomía y trabajar en un observatorio espacial, a dedicarme al viaje y la aventura. Quise saltar en paracaídas, volar en ala delta, aprender a montar a caballo y galopar por playas desiertas, recorrer lo largo y lo ancho del Gran Cañón del Colorado tanto en avión como acampando, subir al Machu Pichu, visitar Petra, ver con mis propios ojos las grietas del Rif, pescar salmones en Alaska y acampar en el Atlas; tantas cosas como hay sobre la tierra...

Lo que en realidad hice fue casarme. Pobres sueños míos. Hoy solo reconozco sus cicatrices.

Lo que me queda, si no fuera tan patético, daría risa: tres veces por semana pongo la lavadora y subo a la terraza a tender y siento en mi piel el viento de la sierra. Por las noches, tiendo dormida y el viento me lleva en sus alas.

Allí, en el semáforo, ante la compradora de sueños, como si hubiese llegado a ese instante próximo a la muerte en que, dicen, los acontecimientos de la vida se precipitan alrededor de los ojos en unos segundos, todas las utopías de mi infancia y juventud se

arremolinaron a mi alrededor pidiendo ser reconocidas y cumplidas. Fue a la vez un momento mágico y catártico.

Cuando pude hablar, me quedé colgada de la sonrisa de la mujer y pregunté:

–¿A cómo los compra usted?

–Depende de la calidad. ¿Tiene sueños de calidad? Busco auténticas fantasías, ideales, proyectos, planes, incluso quimeras, maravillas, visiones, alucinaciones...

El corazón me latía en el pecho totalmente en guerra con mis ausencias. Repasé, en el pasar de un meteoro, mi historia personal.

Cuando me casé –embarazada, por cierto– con Hilario Méndez, chapista de profesión, no sabía que había puesto todos mis deseos en una cuna –o una jaula– y ya no podrían nunca cumplirse. Nunca hasta *ahora*, solía pensar, esperanzada, esperando *otro ahora*, uno en el que los niños hubieran crecido, o Hilario ganase más dinero, o yo pudiese volver a trabajar y ahorrar, o me llegara un golpe de suerte con un billete de lotería que jamás había comprado, o desaparecieran las circunstancias presentes y me devolvieran a mi afán de libertad con apellido bautismal del Ché de mis hermanos. Me veía volar, crecer, reír, abarcar... A veces, cuando, dormida, me encontraba en la terraza, mientras el viento acariciaba mi piel, veía ese billete que el destino volcaba en mis manos con su premio. Solía despertar agitada, mirando el barreño vacío y la ropa bailando en la brisa, como mi pelo, y con el aire en mi blusa, entre los pechos.

–No sé si son de calidad, ni siquiera estoy segura de que me quede alguno. Aunque..., tal vez sí –vacilé–, muy antiguos. ¿Le interesan los antiguos?

–Los que más –respondió tajante. Y me miró tan hondo que me hizo estremecer, a la vez que el repentinamente cansino revoloteo de mis anhelos se asentaba y me dejaba ver mi futuro en blanco, esplendoroso, sin obligaciones, sin Hilario, sin casa, sin nada que hacer y todo por comenzar. Me sentí inquieta. La idea de vender mis sueños me había instalado en esa especie de vacío que era la honda mentira de mi vida.

–Bueno, no sé. Tengo que pensarlo. Me ha pillado de improviso.

–¿Desprevenida? Me había parecido que me viene observando desde hace tiempo... –dejó caer como al socaire de ese encuentro improvisado, ahí, en plena calle, junto al semáforo rojo de los coches.

Me entró cierta rebeldía y un incierto miedo me miró a la cara. ¿Quién era esa mujer que presumía de saber algo de mí?, ¿había venido a buscarme? Cuando se presentaba tan hermosa y su melena revuelta en la brisa, ¿adoptaba una pose para atraerme? ¿Qué quería de mí?, ¿cómo sabía de mi existencia?

–¿Para quién trabaja? –articulé, revuelta, como atrapada en un cuento raro o en una película de terror psicológico.

–Soy autónoma –contestó con su sonrisa imbatible.

En ese momento, un coche se detuvo junto a nosotras. Ella giró el cuerpo para atender a un hombre que, desde su asiento, le entregó un paquete. Ella lo guardó en su bandolera, ya abultada, y le dio un billete de cien euros. Al cambiar el semáforo, el coche, en vez de rodar, me pareció que emprendía el vuelo.

Tengo que volver a casa –me despedí, angustiada. Me di la vuelta para marchar y alcancé a oír:

–Tranquila. Vuelva cuando quiera.

Eché a andar, crucé la calle hacia mi portal y entonces me volví a mirarla. Había desaparecido.

Fue entrar en casa y desear que Hilario hubiese llegado del trabajo y que los niños –mis adolescentes, más bien– hubieran vuelto del instituto. Me recibió la casa vacía y desolada. Al pasar por delante de la lavadora, me di cuenta de que me había dejado el barreño en la terraza. Miré el reloj. Era muy tarde, cerca de las dos. La ropa estaría seca ya, con ese aire. Subí. Al mirar la lejana nieve enganchada a los neveros de la sierra, el viento me devolvió su canción. La ropa ondeaba al viento, completamente seca. Me asomé a mirar al semáforo. La mujer no estaba. Pensé: “volverá cuando yo tenga algo que vender”. Me recorrió un escalofrío de pies a cabeza. Pensar eso era reconocer que ella me veía en la distancia, que había venido a buscarme, que sabía de mí, de mi vida, de mi intimidad, de mis deseos más antiguos, moribundos o muertos...

Centrada en el ahora fácil y sostenible de recoger la ropa seca y ponerla en el barreño, bajé la escalera hasta mi piso, metí la llave en la cerradura y eché la cadena, como si realizar esos actos pudiera poner fin a mi zozobra. Pasé al cuarto de estar y doblé cada camiseta, cada toalla, cada par de calcetines, como si se tratase de un tesoro. Esos gestos dedicados, casi de amor, acunaban a mis pobres ambiciones desesperadas y tristes, acariciaban mi alma arañada.

Mis hijos llegaron tarde a comer. Magda dijo que el tutor les había retenido por hablar en clase, y Alfon que se había quedado jugando al fútbol en el patio. Les seguí la conversación como una autómatas, serví la cazuela de lentejas que se había cocinado sola mientras batallaba con las pérdidas de mi alma, pensé en la ropa y en esa mujer del semáforo que ahora me parecía un ser inexistente, inventado, imposible. No fui capaz de decir una sola

palabra sobre mi aventura interior ni sobre la mujer que compraba sueños en la calle. Parecía una mentira inventada en mis horas muertas de marujeo.

Pero, dentro de mí, seguí repasando frases, ensayando comentarios, tratando de hilar una narración coherente sobre mi mañana, mientras cumplía, como todos los días, las rutinas esperadas, recoger la cocina, obligar a mis hijos a descansar un poco, despertarles para hacer sus deberes, prepararles la merienda, mordisquear con ellos una galleta, acariciar al gato, planchar... Con alguien tenía que hablar, a alguien se lo tenía que explicar, a alguna persona tenía que decirle que habían despertado mis antiguos anhelos. ¿No sería importante cumplir al menos uno, nombrarlo siquiera?

Era de noche cuando llegó Hilario. Dijo algo de un coche reventado como si hubiera caído “en vuelo libre, un accidente en un sitio absurdo contra un árbol o un edificio, aquí cerca de casa”.

Me recordó el coche que había creído ver salir volando del semáforo tras la transacción con la mujer. Al sentir el absurdo, no supe encontrar palabras para contarle mi historia que, por otra parte, se había convertido en nada, tan solo unas cuantas frases entrecortadas, inconexas, locas.

Cenamos escuchando discutir a Magda y Alfon sobre los castigos del tutor. Cuando nos fuimos a la cama, Hilario se durmió profundamente y sus ronquidos inmediatos me llevaron a escuchar la noche hasta que imaginé a Magda dormida y la luz de Alfon se apagó. Sentí el golpe del cómic contra el suelo.

Ya todos dormidos, me levanté. Subí al quinto piso, por la escalera para no hacer ruido con el ascensor, y salí a la terraza.

Nunca había subido allí de noche.

Nunca había mirado el vacío.

Las montañas habían desaparecido y la ciudad, toda estrellas caídas, se extendía en su ruido abotagado hasta una distancia inaudita de negrura y soledad.

Me quedé mirando ese vacío, tan hondo como el mío, tan lleno de nada como mis ideales perdidos. En esa quietud, en ese extraño y comedido silencio, los convoqué a despertar. Sin la precipitación y agobio de la mañana, cuando se habían arremolinado en torbellino como saliendo de un géiser, fueron pasando apaciblemente ante mí, pidiendo excusas por su distanciamiento, celebrando el encuentro repentino tras tantos años de olvido. Los reconocí y nombré uno por uno, con toda su carga de nostalgia. Y, ya más calmada, en un delirio de paz y ausencia, me atreví a preguntarles si estarían de acuerdo en ser vendidos a la

mujer del semáforo a cambio de unos cuantos euros. Asintieron, llorando amargamente su destino inmerecido. “Es la única manera de sobrevivir”, me excusé. Y no habría sabido decir si me refería a la supervivencia de mis sueños o a la mía propia.

Tres días más tarde, volví a la terraza a tender la ropa. Dejé el barreño en el suelo junto a uno de los palos del tendedero y me asomé al pretil para ver la calle. La vista se negó a quedarse ahí, subió y subió y llegó al horizonte, a la nieve de los montes, al viento de la sierra, al olor a flores y a resina, a no sé qué entrada de mi corazón. Bajé, al fin, los ojos y ahí estaba la mujer, junto al semáforo, mirándome hondo, esperando mi decisión.

Mis sueños me habían dado permiso.

Bajé a la calle y los vendí todos en un solo paquete.

–Son los mejores que me han dado nunca –susurró la mujer–. Gracias, Úlima.

–¡Conoce mi nombre! –exclamé–. Me gustaría saber el suyo...

–Me llamo Úlima –dijo, y sonrió.

En vez de un billete de cincuenta o cien euros, como le había visto entregar a otros vendedores, me dio un sobre abultado que recogí con ansia.

¡Cuánto me pesaron las piernas y el cuerpo al cruzar la calle y subir por la escalera! Pensé que nunca iba a poder alcanzar un espacio conocido. Pero llegué a casa y abrí el sobre. Contenía un montón de folios en blanco, doblados muchas veces. En el centro del último folio, un mensaje breve y contundente me heló el alma:

“Has vendido tus sueños. Descubrirás el abismo”.

Para no enfrentarme al miedo de mi vacío interior, ahora subo a la terraza todos los días. Como autómatas, los coches paran ante el semáforo rojo y los peatones cruzan en verde. Yo miro, con nostalgia, los montes nevados, los montes ardientes, los montes floridos, los montes con su lejano secreto de bosque herido, de río inapelable.

Bajo a casa a cocinar. Barro, recojo, lavo, plancho, friego, espero a Magda y Alfon, preparo merienda y cena...

Al fin del día, logro creer que los ronquidos de Hilario se detienen.

En ese momento, me invade el silencio abisal de mi libertad vendida.

Y me consuelo pensando que, en algún lugar, otra yo disfruta de ella.

* * *

El Profeta

Gema Bermejo Vega

“Puedo descifrar designios. Puedo hacer premoniciones. Puedo interpretar sueños. Puedo detener mi corazón y ensayar mi muerte. Tengo visiones de otros mundos. He visto la galaxia de Andrómeda, a un millón de años luz. He sentido la velocidad de escape de la gravedad de la tierra. He probado el agua del Diluvio Universal. Casi he muerto de risa. Casi he muerto de pena. He provocado la guerra más corta. Y la más larga. He visto levantar puentes en un día. He sido preso de feroces amazonas. He oído a peces gritar. He presentido invisibles enemigos. He inventado nombres imposibles. He inventado muertes imposibles. He inspirado relatos. He llorado lágrimas de fuego. He aguantado el peso de un elefante en mi pecho. He contemplado auroras boreales en el desierto. He percibido el ruido de una flor al crecer. He identificado a hombres por el aspecto de sus lenguas. He acertado la cantidad de zinc y cobre de sus cabellos. He visto matar a uno con el golpe de un corcho. Me ha empapado una lluvia de sangre. Una lluvia de lodo. Una lluvia de sal. He adivinado cuándo un animal no es diestro. Me han hablado hombres lejanos en lenguas muertas. He solucionado enigmas. He descubierto secretos. He compuesto la música del silencio. Me ha caldeado la luz de una estrella al nacer. He conocido a hombres tan bajitos que trepaban por mi cuerpo con cuerdas. He despertado volcanes con mi voz. Sé deshacer entuertos. Puedo ver el universo en la palma de tu mano. Puedo discernir si un hombre es honesto sólo con ver su sombra. Puedo atrapar moscas al vuelo y dictarlas órdenes. Puedo leer tu corazón. Él me ha hecho su instrumento. Él habla a través de mí. Sólo tengo que escuchar. Oigo conversaciones ajenas. Le oigo a Él. Veo visiones del fin del mundo. Puedo adelantar lo que acontecerá en el futuro. Veo cómo morirás.”

El psiquiatra, que hasta ahora parecía ausente, presta verdadera atención al paciente y alzando una ceja pregunta “¿Sabe cuándo moriré?”. Sonríe con ironía y escribe en el historial del paciente el diagnóstico: Trastorno de ideas delirantes. Luego va a decir algo y su boca se tuerce en una mueca. Su cabeza golpea la madera de cedro del escritorio y la pluma con que escribía rueda por la tarima. El paciente se levanta de su asiento y se va.

* * *

Mientras... espero sentado

Laura Corral Cabezas

Yo...yo he visto cosas que vosotros no creeríais.

Claro que, ¿cómo no verlas desde la posición de privilegio que ocupo en el lugar donde estoy ubicado?

Además, a esa más que favorable situación geográfica, mi senectud contribuye muy y mucho a la disparidad de cosas que he observado. Porque sí señores, soy un viejo (no lo aparento y desde luego mi edad para nada se corresponde con el ridículo y ofensivo sobrenombre que los habitantes del lugar me han puesto) pero... mis años son los que son.

De hecho, soy tan viejo que las primeras imágenes que vienen a mi memoria de manera nítida sucedieron en el siglo pasado y están muy relacionadas con el lugar que he hecho mi hogar con el paso del tiempo. Recuerdo que viajé con mis hermanos; idénticos a mí, hecho que agradecemos todos fervorosamente porque al viajar en familia nuestro nerviosismo común se reducía de forma notable. También evoco que hacía un día espléndido de primavera y que las instalaciones de divertimento situadas a mi alrededor estaban intactas. Tanto era así que a pesar de estar todos al aire libre, en el ambiente era perfectamente distinguible ese inconfundible olor a nuevo que impregna un lugar antes de ser habitado. Aunque, he de confesar que mi olor corporal siempre ha sido un tanto fuerte así que, puede que ese olor a novedad no fuera más que el mío propio extrapolado a él.

En resumen, me pareció un lugar agradable, tranquilo pero al mismo tiempo, lleno de vida.

Era feliz, vivía en un buen lugar y estaba rodeado mi familia. ¿Qué podía pasar?

El inexorable tiempo, eso fue lo que sucedió.

Y el ser humano, por supuesto.

¿Cómo definir mi relación para con él? De amor-odio.

Siendo sincero, el ser humano es precisamente la especie gracias a la cual he visto más cosas. ¡Y si tan solo fuera ver...! Vista, oído y tacto son los sentidos que más he desarrollado desde que iniciamos nuestra relación.

Así, gracias a una serie de propuestas suyas me he quedado solo.

No me lo toméis a mal porque solo no es lo mismo que estar aislado pero fue “gracias” a una iniciativa suya por la que, uno a uno, mis hermanos realizaron el vergonzoso y humillante paseo de su desaparición sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

¡Ojo! A mí también quisieron sustituirme. Sin embargo, fue tal la presión popular para que continuara en mi sitio habitual que, a pesar de que no soy del agrado de ninguno de los alcaldes que han gobernado desde mi llegada aquí, a éstos no les queda de otra que tragarse su ponzoña, morderse la lengua y apretar mucho la mandíbula en sus resplandecientes sonrisas forzadas mientras realizan sus paseos diarios delante de mí.

Esta victoria me han convertido en un petulante pero, según vosotros ¿es o no para tenérselo un poco creído? Por otra parte, dado mi aspecto algo desvalido y mi mala condición física, de alguna manera he de reforzar mi primacía frente a los sustitutos; mucho más jóvenes, diversos, coloridos, incómodos en mi modesta opinión al compararlos conmigo mismo y...cuquis según la jerga lingüística adolescente.

Creedme cuando os digo que si pudiera, los miraría por encima del hombro pero... desafortunadamente para mí, carezco de la altura suficiente para poder hacerlo.

Huelga decir que nuestra relación no es buena. Y por mi parte el odio es recíproco ya que estos jovenzuelos no saben respetar a las viejas generaciones. Por eso, mi ego vuelve a inflarse un poquito más y aumenta mi sensación de poderío cada vez que soy escogido como primera opción frente a ellos.

¡Dios mío! ¡Ya me he puesto a divagar y he perdido el hilo de lo que os estaba contando! Perdonadme, son cosas de la edad.

¿Por dónde iba? ¡Ah sí! El ser humano.

A pesar de que mi situación actual lo tiene como único responsable, he de confesar que el ser humano me resulta interesante. Mucho en realidad. Tanto es así, que si tuviera la capacidad de hablar me encantaría llegar a conocerlo en profundidad. Claro que, en el hipotético caso de que esto sucediera, pocas serían las personas que se quedarían a hablar conmigo; la inmensa mayoría huiría despavorida.

Pero...¡ay! ¡Serían tantos los temas de los que podríamos hablar...!

Lo primero que haría sería reforzar mi posición de autoridad y les recordaría que no me gusta en absoluto que me atribuyan funciones para las que no he sido preparado con el mismo tono de voz de regañina que utilizan los adultos para con los niños: firme pero que al mismo tiempo incluya alguna amenaza implícita.

Y para aquellos que finjan saberse ignorantes (actitud que, según he comprobado, les encanta adoptar) aprovecho la oportunidad y la publicidad que me brinda este escrito para recordarles los ejemplos más comunes de sus “olvidos”: como por ejemplo, todas aquellas veces en las que han sido unos guarros irrespetuosos y me han convertido en un depósito de basura y desperdicios a pesar de que hay una papelera situada a menos de cincuenta metros de mí.

O, aquellas otras ocasiones en las que no dudaron en utilizar mis partes bajas para limpiarse las suelas de sus zapatos cuando estoy rodeado de un lustroso césped verde del cual todo el mundo sabe su utilidad. Y volviendo a mis partes bajas, transmitiría mi malestar para con ellos en referencia a sus mascotas; quienes adoran mearme en las zonas inferiores y marcarme como parte de su territorio. Una ironía porque todo el mundo sabe que soy una propiedad pública.

Sin embargo, aunque todas estas acciones me molestan, éstas no terminan de enfadarme. Lo que me cabrea realmente son los involuntarios cambios de look a los que me

he visto sometido. Así, me he visto adornado con pegatinas de todo tipo: stickers, de propaganda variada, aquellas que eran un regalo de bollería industrial - ¡menuda época pasé con los Toy! ¡Qué confusión de estados emocionales al mismo tiempo! -, calcomanías y un larguísimo etcétera.

En un ejercicio enorme de paciencia podría verle la gracia y la parte positiva a todos estos adornos pero... toda mi buena predisposición acabó tirada (la mía sí, a la basura) cuando me di cuenta de que era el segundo plato.

¿Qué tiene eso que ver con pegatinas? os podréis preguntar. Lo explico.

Quiero que conste en acta que me entenece ver cómo se crean lazos de amistad gracias a esas calcomanías y demás pegatinas varias. No obstante, la situación deja de tocarme la fibra sensible cuando yo soy el destinatario de las que ya tenían repetidas (más de una en los casos de mayor infortunio) o cuando no les gustaban las que les había tocado.

¿Me preguntaron siquiera si las quería o me gustaban? No, simplemente me las adosaban y ¡hala! Ahí se quedaban, casi perennes – mi piel es más agradecida que la piel humana en lo que a adhesivos se refiere – a la espera de que el sol y la lluvia me las arrancasen.

Claro que, los objetos adhesivos son el menor de mis males. De hecho, si creara una escala con las cosas que más odio, ésta ocuparía el escalafón más bajo de la misma, estando situados en penúltima posición los mensajes escritos con rotulador permanente para dejar el primer puesto en tan deshonrosa lista a esos mismos mensajes que, en lugar de estar presentes de manera superficial en mí, lo hacen pero incrustados; con todo el dolor que eso me supone. Podéis sobrentender el tipo de reacción que me provocan los objetos punzantes.

Y si al menos estos fueran de carácter amoroso o inofensivos tendrían un pase...pero al igual que sucede con las faltas de ortografía que contienen, su mala baba aumenta generación tras generación. Personalmente a mí, que, por circunstancias de la naturaleza me he convertido en un ser empático, no me hace ni pizca de gracia ser el recordatorio en la eternidad de insultos y comentarios hirientes (hacia mujeres sobre todo). Cuanto más cuando en la mayoría de los casos son inciertos.

¡Qué bochorno siento al ser un tablón de anuncios de este tipo!

Llegados a este punto, toca ser sincero y no todo es malo con respecto al ser humano. De hecho, uno de los motivos por los que me suscita curiosidad es por mi volubilidad de sentimientos para con él, ya que con muy poco tiene la capacidad de hacerme sentir el ser más denostado del planeta Tierra primero para, poco después, darle la vuelta por completo a la situación y convertirme en lo más amado.

¿Cómo? Porque, de manera consciente o no, me ha hecho formar parte de todo tipo de situaciones cotidianas positivas en su vida: así, he sido testigo del nacimiento de sólidas y duraderas amistades y de otras más tumultuosas. E incluso he visto cómo algunas de esas inocentes amistades infantiles se transformaban en tiernas historias de amor.

Al hilo de eso, a menudo he sido lugar de primeras citas e inolvidables primeros besos y, a pesar de mis endebles y desnudos brazos metálicos, he proporcionado compañía muda aunque necesaria al solitario que, en silencio clamaba por ella.

Para mi desgracia, hoy día, en época de individualidad y vida cotidiana de puertas para adentro, soy yo ese ermitaño desesperado por compañía que a diario libra una batalla para no caer en el desuso.

Os contaré un secreto, el ser humano no lo sabe mas, soy casi tan testarudo como él y por eso, aquí sigo, soportando inclemencias meteorológicas y agresiones humanas como fiel guardián custodio y testigo mudo del devenir del tiempo que soy.

Precisamente, esa función que ejerzo de manera voluntaria es la que me lleva a pensar con total convicción que, a decir verdad tampoco he visto tantas cosas que vosotros no creeríais más allá de la vida cotidiana de una población; hecho que, por otra parte no es baladí.

¿Qué esperábais?

Solo soy un banco del parque.

* * *